

El hombre tendió la mano al joven. Estrechó una mano blanda. Reconoció las facciones del muerto —el mentón adelantado, hostil, los labios finos, el cabello negro, la media sonrisa insegura...

Cuando los tres se sentaron alrededor de la mesa, ambos apreciaron con resignación el odio atávico, instintivo, que brillaba en el verde oscuro de los ojos del muchacho.

Actos fallidos

Hasta entonces, mi existencia —si se me permite el uso de tal expresión— era una antigua forma del temblor que habitaba en las penumbras de un desván de su memoria, allí donde aguardan todos los terrores olvidados de la infancia; ésos que nunca desearíais volver a visitar. Nada hacía suponer mi aparición. Debió sentir horror cuando irrumpí en su sueño, confundíendome al principio con una vulgar pesadilla. Pero fue ella quien me convocó o su mente, que aquella noche se hallaba perdida en un paraíso artificial de vapores de láudano.

Me entrevió surgiendo de una profundidad sin tiempo: primero una pierna, un brazo, una mano, luego mi estatura excesiva, mis andares de gigante taciturno, finalmente el rostro...

Fui una aparición engrendrada por la luz de un relámpago; el mismo que restalló en la noche e inundó su habitación con fulgor de ultramundo. Fue entonces cuando despertó, y poseída aún por la forma monstruosa de mi espíritu, me dio vida.

¿Tendré que agradecer a Mary Shelley ese dudoso privilegio de la existencia literaria?

Sala diecisiete

A Nuria

Podía verles a través del ojo de buey. Había algo cómico en sus figuras deformadas por la concavidad del cristal: serios algunos, hablando otros, tratando de restar gravedad a la circunstancia. Había adelgazado, empequeñecido. Se recordó a un santón hindú o a una valiosa reliquia en la hornacina. Sus manos hermosas, de pianista retirado, habían perdido su estilización primitiva. Su cuerpo desprendía un desagradable olor a ácidos, se afanaba por ello en concentrarse en el aroma levemente selvático de las simprevivas que la joven florista de ojos garzos depositaba a su alrede-

dor. Deseó acariciar su piel morena, susurrarle un piropo al oído, sentir que su tacto templaba un poco la frialdad blanca del tanatorio.

Dramatis personae

Era alto, irritable; sólo aparecía por el bar el último viernes de cada mes. Exacto como un autómatas, entraba a las diez en punto de la noche con la indolencia de los bebedores solitarios, reconociendo de soslayo los silenciosos vínculos que le unían al resto de la clientela. Asiduo lector de novela negra y obsesivo cinéfilo, cuidaba su aspecto físico con calculado desaliño, gustaba a las mujeres —algo que él parecía ignorar— y fumaba desde su más que notable estatura apoyando su mandíbula de *cow-boy* sobre la barra. No era muy comunicativo, solía entornar los ojos sumiéndose en falsas ensoñaciones en la actitud de quien recuerda antiguas afrentas o hurga en el recuerdo de un amor despechado. Una cicatriz, que el tupé no podía ocultar, le cruzaba la frente de sien a sien.

A las once en punto cruzaba a grandes pasos el local y orinaba estrepitosamente contra la taza del baño mientras tarareaba un viejo *fox-trot* —*Night and day*, por ejemplo— o el tema de alguna banda sonora.

—¿Sabes?, algún día acabaré con todos ellos.

—Claro, Alfredito, claro, tú eres un tipo duro, pero debes tener paciencia —respondía el dueño del bar sin mirarle, mientras pasaba un trapo húmedo sobre la barra.

Luego pagaba sin esperar el cambio y cogía un taxi rumbo al sanatorio.

Aquella guerra

A Aquilino Santos

Hace mucho tiempo que el abuelo ha dejado de contar, como solía hacer siempre con las mismas palabras y gestos que restaban solemnidad al hecho, aprovechando una celebración, una visita de la ciudad, cómo una tarde en el frente de Brunete, él y siete soldados encontraron refugio en un caserón abandonado y jugaron varias partidas de mus mientras escuchaban el bramido de los obuses que cruzaban por encima del tejado y explotaban en los alrededores... «Llevábamos nueve partidas jugadas y cincuenta y dos obuses contados cuando no sé bien por qué —esas cosas vienen así, de repente, como un latido— sentí que algo iba a pasar y les dije que nos fuéramos de allí, que el próximo nos tocaba a nosotros y ellos nada, que

si envido a chica, que si tú eres un cagao, que si envido a grande, que si eres un cenizo, que si.. ¡órdago! Y entonces fue como si lo viera llegar, '¡éste cae, éste cae!' —les grité— y me tiré por la trampilla de la bodega, corrí entre los toneles y me parapeté al fondo... y me cagüen que cayó: ¡baummm!... (En este punto solía callar, extendiendo con un gesto de las manos el efecto de la onomatopeya, manteniendo en nosotros un silencio de ojos muy abiertos.) Después subí arriba y nada... todos muertos... me oriné allí mismo y salí corriendo hacia el monte... ¡Me cagüen las cartas de Dios!».

Y entonces reía, apurando el vaso de vino tinto hasta el fondo.

Ahora pasa las tardes en la mecedora del patio, bajo la solisombra de las parras. Y su mirada parece haberse perdido en el cuadro impresionista de las flores del invernadero.

Las trampas

Abrí esta mañana el buzón del correo y entre varios folletos de publicidad —un curso de informática a distancia, un gabinete de psicólogos, no sé qué oferta de lencería femenina— encontré la carta. El membrete indicaba que había cruzado el océano. Al principio no reconocí la caligrafía de colegio de monjas —las tes y eles muy erizadas, los últimos trazos de bucles cerrados— con que estaban escritos mi nombre y dirección, pero un pálpito posterior me hizo retroceder en el tiempo a una ciudad amarilla, verde y gris, con mucho coche despintado, bulevares polvorientos y el olor de la guayaba en las esquinas. Un lugar que yo había sepultado bajo una escombrera de mi memoria y al que ahora esa carta me obligaba a regresar. El mensaje era sencillo: la rosa negra del cáncer le crecía en las entrañas y la metástasis era ya irreversible. El pronóstico no dejaba margen a la duda: dos meses. Había decidido utilizar ese tiempo en un macabro comercio con el perdón y saldar así cuentas con seres del pasado, ajustar las cuestiones pendientes con su conciencia. Reconocía su culpa e imploraba mi absolución. No sabe que yo siempre asocié su perfidia con un cierto sentido de la dignidad estética, y que esta carta ha clavado una puñalada de luz en el vampiro que crié con su recuerdo.

Juan Gracia Armendáriz

Emilio Adolfo Westphalen

